

biernos mas robustos se hundieron entonces para siempre mas, el gobierno temporal del Papa no seria un despropósito mayúsculo como se quiere suponer, no seria una aberración ni una anomalía, puesto que el restablecimiento de los despropósitos, de las aberraciones y de las anomalías nunca ha traído consigo el orden, la paz, la union y el estado normal, como lo trajo el restablecimiento de la unidad en el gobierno espiritual de la Iglesia, y en su consecuencia el restablecimiento de la soberanía temporal del Papa en Roma y en sus Estados.

PERIODO TERCERO.

QUE COMPRENDE LA HISTORIA DEL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS DESDE LA CONSOLIDACION DEFINITIVA DE LA SANTA SEDE EN ROMA AL TERMINAR EL CISMA DE OCCIDENTE HASTA EL IMPERIO DE NAPOLEON I.

CUANDO Jesucristo estableció el poder pontificio para que rigiese y gobernase la Iglesia, prometió su asistencia á S. Pedro y por consiguiente á sus sucesores hasta el punto de asegurarles que el poder del infierno no prevaleceria contra su institucion augusta. En esta solemne promesa iba implícita la declaracion de que la Iglesia se veria sometida á duras persecuciones; pues bien, la historia ha convencido al mundo de que no han escaseado esos contratiempos. Y como el poder temporal de los Papas no es mas que una consecuencia lógica de su poder espiritual, de ahí es que no han faltado ocasiones en que se ha puesto á prueba la estabilidad de ambos poderes. Despues que las persecuciones y las herejias han llenado de luto y de afliccion á la Iglesia, han sucedido siempre circunstancias mas normales en que restableciéndose la paz y la tranquilidad ha parecido que no habian de sobrevenir nuevos contratiempos, y sin embargo, con mas ó menos intervalos ha habido en todas épocas vicisitudes dolorosas que han obligado á las almas piadosas á reiterar sus fervientes oraciones para conseguir el término de los males que han affligido á la Iglesia. Su condicion es la de militante; por esto habrá de contar hasta la consumacion de los siglos con esas peripecias contra las cuales la alienta sin embargo la asistencia eficaz que le está prometida.

Lo que le ha sucedido y le sucede á la Iglesia en el orden espiritual, tiene su reproduccion en distinto concepto. Hé aquí porque aun á despecho de lo que está en el orden na-

tural, no debemos esperar que despues de terminado el ruidoso cisma de Occidente, despues de restablecida definitivamente la Santa Sede en la capital del mundo católico, desaparezcan por completo los enemigos del poder temporal de los Papas. El triunfo importa consigo cierto prestigio que ejerce una influencia incuestionable; además, las lecciones de la esperiencia siempre son eficaces para desengañar á algunos ilusos, y este es sin duda uno de los principales resultados que obtuvieron los Papas al restablecer su poder temporal en Roma. En la lucha colosal empeñada por los Papas contra la instruccion del feudalismo quedaron triunfantes los Romanos Pontífices; pueblos y reyes tuvieron entonces ocasion sobrada de conocer hasta donde hubieran llevado sus aspiraciones y su dominacion los señores feudales: el resultado inmediato fué el particular empeño que pusieron pueblos y reyes en dejar y conservar la Santa Sede á cubierto de los ataques de los enemigos.

Normalizada la situacion, parecia pues que debieran haber cesado las combatidas aspiraciones; pero el genio del mal es un patrimonio vinculado en la humanidad y se ocupa sin tregua en buscar nuevas formas con que encubrirse. Hé aquí lo que vamos á encontrar en este nuevo período. Sin perjuicio de que cada cual apela al testimonio y á la autoridad de la Santa Sede cuando ha de serle favorable, los reyes sin embargo no dejan de disputar á la Santa Sede tales ó cuales derechos con el objeto de aumentar su propia autoridad escatimando la influencia de los Romanos Pontífices. Por muchos años el poder temporal de los Papas cuenta todavía con el apoyo unánime y decidido de los pueblos y de los reyes; pero luego se pusieron en discusion ciertas prerogativas que aun prescindiendo del órden natural y del religioso contaban con el derecho consuetudinario; y de esta suerte se empezó á enseñar á los pueblos que las autoridades de los monarcas seculares podian ponerse frente á frente de la autoridad de los Romanos Pontífices y dictarles condiciones.

En apoyo de semejante actitud ocurrió despues el levantamiento de un partido brioso que sembró la discordia en el Occidente: la teoria del libre exámen tuvo numerosos secuaces, convirtió la Europa en un campo de batalla, y contra la autoridad espiritual y temporal de los Papas suscitó otra autoridad reconocida y aceptada en el órden temporal, pero impropia y ajena por naturaleza al carácter espiritual que se arrogó. Desde este momento hubo de surgir la rivalidad entre dos autoridades que se consideran de iguales condiciones, y halagado con semejante innovacion el trono, y halagados los pueblos, creyeron posible un espectáculo

como el que viene presenciando el mundo desde el establecimiento de la reforma protestante.

En medio de la decadencia y degeneracion á que habian llegado los pueblos, Dios permitió un cataclismo terrible que ha dejado en la historia páginas de sangre, recuerdos de horror y desolacion, cuadros vergonzosos de que instintivamente se aparta la vista. La revolucion francesa fué un castigo que permitió la Providencia para advertir á los pueblos el precipicio á que les conducia el sibaritismo, la corrupcion de costumbres, la falta de creencias, el apego á los goces materiales. Ruda y severa fué la leccion, pero grandes eran tambien los crímenes de las sociedades, y no solo estuvo el castigo en los horrores materiales que presenció con asombro y terror el mundo entero, sino tambien en el legado de las ideas conque la filosofia del siglo pasado trató de conducir á los pueblos al materialismo por una senda mas fascinadora tal vez. Al eco mágico de los nuevos principios que se proclamaron, los pueblos franquearon sus oídos, y, como sucede siempre en casos análogos, llevaron sus aspiraciones mas allá de lo que en razon correspondia. La Providencia permitió que surgiera un hombre especial para ser el representante de los nuevos principios proclamados en Francia; ese hombre fué para el pueblo francés un mito, y á su talento se confió la propagacion de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Pero Napoleon I tenia tanto talento como ambicion, y se prevaleció de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad para encumbrarse sobre los pueblos y los reyes, para dictar la ley y someterlo todo á su voluntad absoluta.

En estas circunstancias, la Italia fué uno de los países que sufrió mas hondas transformaciones, y los Estados de la Iglesia como parte integrante de la Italia corrieron tristes azares: entonces se trató de conmovier con mas brios que nunca el poder temporal de la Santa Sede; y si por algun tiempo pudo parecer que con efecto bamboleaba el edificio, los sucesos dejaron luego burladas las esperanzas de los enemigos de Roma. Pero de todos modos se dió un triste ejemplo que al parecer no se ha echado en olvido, y por esto conviene fijar especialmente la atencion en el modo con que se desarrollaron aquellos ruidosos acontecimientos.

Hé aqui en resúmen las vicisitudes de que vamos á ocuparnos en este período, vicisitudes que demuestran una vez mas la variedad de armas á que apelan y han apelado los enemigos de la Santa Sede para combatirla, sin conseguir bajo ningun concepto el resultado que se prometian. ¿Quién

ROMA.—P. 15.

puede menos de reconocer el dedo de la Providencia en esa serie de triunfos que ha conseguido un monarca débil considerado como príncipe temporal? ¿cómo no basta la historia para convencer de antemano á cualquiera de que han de ser impotentes todos los esfuerzos conjurados para destruir una obra que ha sabido sobreponerse á todos los vauenes y que subsiste todavía sobre las ruinas de imperios y tronos que parecian cien veces mas robustos y poderosos? Pero pongamos por delante la continuacion de la presente historia á los que se empeñen en conservar ni siquiera una sombra de duda.

CAPITULO XI.

Desde la terminacion del cisma de Occidente hasta el comienzo de la reforma protestante.

Una nueva era que comprende el período histórico de que vamos á ocuparnos, trae consigo acontecimientos de distinta índole que permiten apreciar bajo un aspecto diferente el gobierno temporal de los papas. La historia de este período no envuelve notables sucesos relacionados directa y esclusivamente con el gobierno interior de los Estados de la Iglesia, sino que presenta en conjunto la eficaz influencia de los Romanos Pontífices en el gobierno general de la Iglesia y por consiguiente su influencia particular en los pueblos. Un escritor contemporáneo á quien hemos citado con encómio mas de una vez, reasume en algunos párrafos el cuadro general de la influencia del pontificado durante el período á que nos referimos; en la dificultad de presentar otro cuadro tan completo y acabado, como el que traza Mr. de la Tour en sus bellos artículos sobre el poder temporal de los papas, no vacilamos en reproducirlo á continuacion. Dice así:

“El feliz restablecimiento de la Santa Sede en Roma no tardó en producir excelentes resultados; fué esterminada la terrible herejía de los husitas; la Italia, en nada obstante sus guerras y disturbios interiores, volvió á ser la metrópoli de las ciencias, de las letras y de las artes, y con el ascendiente que esto le daba reinó por espacio de más de dos siglos sobre las inteligencias europeas sin distincion de pueblos. Desde que Bonifacio IX, con motivo del jubileo del año 1400, restableció en toda su integridad el poder temporal de la Santa Sede, destruyendo los privilegios usurpados por los barones, hasta el reinado de Enrique IV de Francia, la España y los Países Bajos rivalizaron en cultura con la Italia sin conseguir empero arrebatarle el cetro. Por su

parte los papas no descuidaron desvelo alguno para conservar y robustecer esta supremacía; Nicolás V y Leon X no perdonaron esfuerzos por salvar y multiplicar los preciosos tesoros de la antigüedad; todos los Pontífices de los siglos XVI y XVIII procuraron estimular á los escritores de genio y á los grandes artistas. Y despues de todos estos hechos, ¿quién podrá poner en duda la gloria que los papas han proporcionado á Roma y á la Italia, y los beneficios que de esta suerte han dispensado al mundo? Los príncipes temporales que tuvieron brios para defender la libertad de Italia contra los emperadores Maximiliano, Carlos V y Francisco I; los Pontífices que al propio tiempo que multiplicaban las universidades italianas y restauraban los estudios helénicos, reformaron la Iglesia con el gran concilio de Trento, fundaron por conducto de S. Ignacio el colegio germánico y el colegio romano, restauraron los estudios canónicos, realzaron las órdenes religiosas y multiplicaron las misiones; los Papas que combatieron al protestantismo y á los turcos con tanta eficacia, supieron distinguirse en un siglo fecundo en grandes hombres y se hicieron acreedores al reconocimiento de sus contemporáneos y á los desinteresados homenajes que aun en la actualidad se les prestan. Algunos tuvieron sin duda defectos, y legaron á la historia el recuerdo de algunos desaciertos: así por ejemplo el reinado de Alejandro VI se resintió de las costumbres de su tiempo; Calixto III, Paulo III y Sixto IV tuvieron la debilidad de amar con exceso á sus parientes; pero en cambio ¿qué papa puede darse mas irreprochable que Pio II y Clemente VIII? ¿qué carácter puede compararse en lo elevado con el de Sixto V? ¿cabe darse un literato tan amable como Leon X, y un príncipe y un papa mas noble que Pio V? Y al rededor de estos distinguidos varones menudearon las grandes obras y los hombres grandes: Ocurrían con frecuencia desastrosas turbulencias y se cometían grandes delitos; y sin embargo la Italia y la España, los dos países mas católicos y mas adictos á la Santa Sede, son en aquella época las dos naciones que brillan mas en Europa, y merecieron que la Providencia les dispensase el honor de descubrir un nuevo mundo y de propagar el catolicismo en el Asia. Acaso algunos de estos papas fueron esclusivamente italianos en su política; pero semejante conducta puede esplicarse con facilidad evocando el recuerdo de los papas franceses en Aviñon, y teniendo presente la política que con respecto á la Santa Sede siguieron los príncipes que reinaron en España, en Alemania y en Francia. Estos príncipes tendían generalmente á gobernar la Iglesia ó por medio del papa ó sin él. Los re-

yes católicos de España se habian apoderado de la Inquisicion y la habian convertido en un tribunal político, aprovechándose como los reyes de Francia de los ataques del protestantismo para acrecentar sin razon alguna legítima su poder sobre la Iglesia. En Francia las acertadas disposiciones del concilio de Trento fueron desatendidas por los soberanos, mientras el clero no reclamó su cumplimiento. Maximiliano y Carlos V no merecieron la confianza de los papas, y Roma no encontró aliados mas leales y respetuosos que los príncipes austriacos del siglo XVII. Así, pues, no hay que estrañar que los papas de los dos siglos anteriores, muchos de los cuales pertenecian á las principales familias italianas, defendiesen vigorosamente la Italia contra la dominacion de los extranjeros.

El regreso de los papas á la capital del mundo católico ejerció en el pueblo romano una influencia escelente. "Nada fué tan útil á la Iglesia, escribia Tiépolo en 1576, como esa larga série de papas de irreprochable conducta; todos los que les subsiguieron, fueron mejores ó á lo menos echaron de ver la necesidad de parecerlo. . . . La ciudad entera hizo esfuerzos pare quitarse la mala reputacion á que se habia hecho acreedora, y se volvió mas cristiana en sus costumbres y en su conducta. Por último, pudiera añadirse que Roma en materia de religion se aproximó, en cuanto lo consiente la naturaleza humana, al punto de la perfeccion." Este mismo juicio lo confirma Rank, quien refiere muchas particularidades sobre la vida privada de esos Pontífices y de sus principales consejeros. "Algunos papas de anteriores siglos, dice, pudieron creerse superiores á todas las leyes y pensar en que pudieran utilizar para sí su dignidad suprema; mas el espíritu de esa época no permitia semejante abuso. Todos se veían obligados á reformar sus propias costumbres y á tener en cuenta la santidad de la mision de los papas, mision cuyo cumplimiento debia ser el pensamiento supremo que les estaba encomendado; y no hubiera sido dable obtenerla ó conservarla sin una conducta que correspondiese al elevado concepto que de ellos se tenia en el mundo cristiano." Esta última observacion es rigurosamente exacta, y puede aplicarse á todos los papas elegidos despues de la celebracion del concilio de Trento.

El carácter de la corte de Roma y de los papas adquiere nuevo realce si se le pone en cotejo con las costumbres de los promovedores de la reforma y de sus consejeros. El ejemplo de los Romanos Pontífices era una predicacion constante para los monarcas católicos. "En contraste con la altiva magnificencia de Luis XIV y de sus desórdenes, dice el Sr. De Corcelle, cuatro papas, contemporáneos su-

ynos, Clemente IX. Inocencio XI, Inocencio XII y Clemente XI manifestaron especial cariño á la pobreza, apartando de sí propios la ostentacion y la magnificencia, y viviendo de pan y agua: se volvieron avaros para allegar recursos en favor de obras útiles y benéficas. Clemente IX admitia todos los dias á su mesa doce pobres; Inocencio XII los llamaba *sus sobrinos*, recojió hasta cinco mil en el palacio de San Juan de Letran, les dejó su patrimonio, y al propio tiempo trabajó para la estincion de la mendicidad, legando 800,000 escudos de sus economías, despues de atender al sosten de las misiones de la China, de la Etiopía, del grande hospital de San Miguel, y despues de haber invertido crecidas sumas en la redencion de los esclavos. El gasto de la mesa de Clemente XI ascendia á 15 bayocos diarios (unos diez y seis sueldos franceses). El rey mi señor tiene largo su brazo, le dijo un embajador.—Pero Dios lo tiene mas largo que él y temo su justicia, contestó el Pontífice. A la época en que ocurría la corrupcion de costumbres del Regente y el advenimiento de Luis XV, apareció en Roma Benedicto XIII. Luego despues de elegido, hizo traer al Vaticano sus hábitos de religioso, que eran de tosca lana; su primera visita la hizo al hospital del Santo Espiritu, donde asistió á un moribundo, y siempre mas le rodearon los pobres.” Gregorio XVI escedia en austeridad á la mayor parte de estos santos Pontífices. Ocupaba una pobre celda de su palacio, y murió dando ejemplo de su amor á la pobreza. Tales son los ejemplos que nos han dado los papas, como príncipes temporales, desde el siglo XVI.

Los papas del siglo XVII tuvieron la suerte de presenciar la decadencia de los turcos y de conquistar por medio de las misiones, nuevas almas á la fe casi en todo el mundo conocido. Pero la hostilidad de Francia contra la casa de Austria, impidió á Roma y á Fernando II humillar el protestantismo en Alemania. La razon de Estado fué mas poderosa que las convicciones religiosas en el ánimo de Luis XIII, de Richelieu, de Mazarino y de Luis XIV, quienes apoyaron en el extranjero el protestantismo que perseguian en el interior de Francia. A principios del siglo XVII la Europa estaba dividida, como en nuestros tiempos, en dos campos, el revolucionario y el monárquico. Casi todos los protestantes pertenecian al primero. En Francia los calvinistas aspiraban á crear una república aristocrática; en Inglaterra los puritanos tendian á una democracia republicana; en los Países Bajos Barnevelt procuraba la desaparicion de la casa de Orange; en Alemania la union protestante se constituía para hacer frente al imperio, con ra-

mificaciones poderosas entre los nobles húngaros y bohemios. El rey de Francia y sus ministros, despóticos como nadie, en su carácter y en sus tendencias, favorecieron en el extranjero esta revolucion universal. Sabido es que Enrique IV trataba de establecer una república europea de la que hubiera sido presidente. Esto no era mas que una reaccion algo tardía y una arma contra el poder, entonces tan considerable, de la casa de Austria.

Esta política francesa contuvo á despecho de los papas el buen éxito de los católicos en Alemania. Richelieu rogó á la Dinamarca que socorriera á los dispersados ejércitos de Mansfeld y de Brunswich; indujo al emperador á desprenderse del Wallenstein y á tratar con los protestantes; y luego los reorganizó dándoles por gefes al elector de Sajonia y Gustavo Adolfo. Cuando los ejércitos cristianos, derrotados otra vez, hubieron firmado el tratado de Praga, Richelieu coaligó contra el Austria los príncipes protestantes de Alemania con la Holanda, Suecia, Inglaterra, Transilvania y parte de la Hungría, y luego puso la espada de la Francia á servicio de la liga. Las victorias de Turena y de Condé unidas á los esfuerzos de Torstenson y Rakoczy, impusieron en el siguiente reinado á Fernando III la paz de Westfalia. Roma protestó contra este tratado. Los papas habian tratado en vano de modificar la política francesa; sus súplicas no tuvieron resultado, y en su consecuencia perdieron una parte de su autoridad espiritual, de que se posesionó la corte, sin respetar los dominios de la Santa Sede. Richelieu le quitó la Valtelina para hacer con ella un regalo á la Iglesia, y Luis XIV confiscó por muchos años el condado venesino. Este monarca y su padre abrigaban sentimientos religiosos; pero cedian á las rancias doctrinas de la supremacía real en materia espiritual. A proporcion que degeneraron las órdenes religiosas, y que el rigorismo de los jansenistas alcanzó á una gran parte del clero, se cobró antipatía á la religion, y esta fué una de las principales causas de la terrible reaccion filosófica y volteriana.

Si el poder temporal de los papas es necesario á la libertad espiritual de la Iglesia, el libre ejercicio de esta autoridad espiritual no es menos necesario para conservar el poder temporal del pontificado. Por esto los enemigos del poder temporal de los Papas no figuran entre los católicos sinceros y respetuosos á la autoridad espiritual de los Sumos Pontífices, sino que forman en las filas de los heterodoxos y de los falsos católicos que ponen todo su empeño en pedir el ejercicio de dicha suprema autoridad. Hubo un tiempo en que los gobiernos católicos dominados por la